

rillo llamado ventana oval, que comunica con otro espacio llamado laberinto, en el cual se distribuye el nervio acústico: músculos tan pequeños que apenas se perciben, mueven los huesecillos, y el laberinto está bañado por una linfa sutil, de que apenas pudiera recogerse una gota. Ese pabellón protector que forma la oreja, reúne los rayos y las ondas sonoras, y así que pasa de él el aire, conductor de todos los sonidos, el aparato del oído se pone en juego, y cada parte, hasta la más diminuta, hasta ese humor linfático desempeña un papel importantísimo, para que la audición se verifique con regularidad; para que el oído recoja todos los sonidos, desde el más grave hasta el más agudo, desde el más flojo hasta el más intenso, sin que una sola fibra se lastime, sin que una sola pieza por diminuta que sea se disloque. ¡Ahí está la mano de la Sabiduría previéndolo todo! ¡Ahí está la Providencia engalanando la cabeza del hombre con el más bello aparato, con el órgano más interesante entre los que constituyen los sentidos, disponiéndolo todo en él del modo más perfecto y económico! El es quien trasmite al alma para deleitarla y perfeccionar sus facultades las armonías del mundo.

Aquí teneis el esqueleto huesoso sirviendo de sosten á las partes blandas, de tal manera que el menor esfuerzo de estas encuentra en él protección y apoyo: aquí teneis más de ochocientos músculos, para que infinitos fenómenos orgánicos se verifiquen con una precisión y seguridad prodigiosas; aquí teneis millares de arterias y de nervios, distribuyéndose hasta lo más recóndito de los órganos,

para que la menor partícula se nutra, sienta y trasmita sus impresiones á los centros de donde se irradia la invasión y la vida.—¿Queréis estudiar el cerebro, el corazón, los pulmones, el estómago?—Vereis siempre una trama semejante: un tejido celular ó fibroso que sirve de base, membranas, vasos y nervios; y sin embargo ¡cuánta diferencia en las funciones respectivas de estas vísceras! ¿Quién hace que el estómago digiera, y el corazón impela en su curso á la sangre, y los pulmones sirvan de vaso purificador á esta, y el cerebro dirija todas las acciones del cuerpo, y ponga á este en comunicación con el espíritu?—Misterios impenetrables que patentizan hasta la evidencia la existencia de Dios, del Ser infinito y Soberano que todo lo ha creado, y en todo ha dejado el testimonio de su amor al hombre, el sello de su sabiduría!

Los que acusais de ateos á los médicos, venid á probaroselo junto al mármol de los anfiteatros; venid y vereis que en cada órgano que corte el escalpelo, en cada tejido, en cada fibra os descubrirá un objeto grandioso, un elemento de existencia y de orden, una prevision divina; venid y vereis resaltar á cada paso los motivos más poderosos para creer en el Soberano Hacedor y bendecir su Providencia.—No, nunca fueron ateos los verdaderos médicos, los que supieron estudiar al hombre, los que procuraron penetrar en los secretos de su organismo. . . . Venid, y confesareis que no puede ser ateo el que sabe anatomía.

R. Zambrana

CLEMENTINA BIRAUD.

(CONTINUACION.)

Una gran pesadumbre acibaró las satisfacciones de Clementina el día siguiente de su casamiento. Tuvo que dejar á su padre, á quien amaba con suma ternura, y de quien era adorada, para seguir á M. de Montmance á Paris. Encargó á una mujer el cuidado del anciano, sin cohar en olvido ninguna cosa que pudiese hacerle grata la vida. Mas ya no gozaria este la presencia de su hija, tesoro á sus ojos superior á la más suntuosa fortuna. Sin embargo, comprendió que era indispensable mostrar ánimo á fin de comunicárselo á Clementina, y el desafortunado supo espresarse aun con palabras de esperanza y consuelo.

Todo el mundo lloró la partida de Mme. de Montmance. La infeliz mujer joven, á pesar del amor que profesaba á su marido, sintió también por su parte despedazarse su corazón como los nuestros al tiempo de la separación.

—Volveré, nos dijo entre sollozos.

Volvió en efecto ¡pero en qué estado!

Durante dos años Clementina escribió con regularidad á su padre. Sus cartas eran tristes, confusas. Yo mismo que las leía al padre Biraud, lastimaba mi alma con su lectura. Tenia un presentimiento de que la desproporción de las condiciones causaba ya algunas desazones en casa de Clementina. No me engaño, como lo veremos. Vino una vez á visitar á su padre por veinte y cuatro horas. Habia tenido un hijo y quiso que éste recibiera la bendición de su abuelo. ¡Oh hijos míos! ¡qué gozo, pero qué dolor también en esa corta entrevista del padre y de la hija! Ángel de afecto y bondad, Clementina no se quejó de su marido. Con la mira de no afligir en nada al anciano, se mostró aun dichosa; pero ni su padre ni yo no nos engañamos. ¡Tantos sufrimientos mo-

rales habian marcado ya su rostro poco antes tan puro y tan embelesador! En la mañana en que partió Mme. de Montmance, el viejo Biraud y yo fuimos acompañándola hasta el remate del camino lateral que se une á la gran carretera. Ella daba el brazo á su padre, la doncella llevaba al niño y el coche iba al paso; yo iba embebido en una triste cavilación. Esto sucedia en el mes de Mayo, y no olvidaré nunca aquella apacible y sosegada mañana que contrastaba de una manera tan cruel con la desoladora escena de adios de dos seres que no volverian á verse más en la tierra. Corrieron todavía dos años. Clementina escribia constantemente y enviaba cuanto podia lisonjear la vida material de su padre, pero no volvía. Al fin del otoño, el viejo Biraud cayó de repente tan peligrosamente enfermo, que desde el segundo día le tuve por perdido. El médico pensaba como yo. Escribí presurosamente á Mme. de Montmance. Me respondió á vuelta de correo: "Parto al instante; mi carta no me precederá sino dos días." Pasaron los dos días; en las últimas vislumbres del segundo el infeliz Biraud se consumió, llamando á su hija, y encargándome para ella su bendición. Todavía trascurrieron quince días, sin que pareciera Mme. de Montmance. Sospechando alguna desgracia, escribí á Paris, pero no tuve respuesta ninguna. No sabia qué pensar.

Acababa de pasar el mes siguiente á la muerte del anciano, cuando en una noche oscura y lluviosa de Diciembre, una mujer que tenia á un niño de la mano, vino á caer agobiada de fatiga en las gradas de la iglesia de San Ivo. El viento soplaba con violencia, y unos torbellinos de nieve encapotaban la atmósfera. La Providencia permitió que el sacristan, despues de haber tocado el Ave María, volviera en la creencia de haber dejado sin cerrar las puertas de la iglesia. Un bulto negro descansaba inmóvil sobre el umbral, y era una mujer desmayada. Su